



2026 ~ 2027

CIELO NUEVO *y* TIERRA NUEVA

Palabra Apostólica Bienal

1º CUATRIMESTRE: REVELACION

Mayo: Los nombres del cielo identificando en la tierra Apocalipsis 2-3

Amados hermanos y amigos, qué placer nos produce permanecer en comunión a pesar de la distancia y seguir edificándonos mutuamente y edificando al cuerpo de Cristo por medio de esta verdad que nos absorbe por completo.

Continuando con la manifestación del cielo en la tierra, en este mes abordaremos otra gloriosa realidad que tiene que ver con los nombres del cielo y como ellos identifican realidades en la tierra. Este enfoque asume que el cielo nombra para revelar, y que en Apocalipsis 2-3 los nombres, títulos y designaciones no son etiquetas, sino actos revelatorios que interpretan la realidad terrenal desde la perspectiva celestial.

Hay un principio que expresa una dinámica profundamente revelatoria: la identidad, la evaluación y el destino de la iglesia, no se originan en la percepción humana, sino en el veredicto del cielo. La tierra, la historia, la cultura, la experiencia pastoral, no crea el significado; lo discierne, lo recibe y lo encarna.

En este sentido el cielo aparece como fuente del nombre y de la verdad. En Apocalipsis 2 y 3, Cristo glorificado se dirige a las iglesias nombrándolas desde su perspectiva celestial, no desde su reputación terrenal.

Ap. 2-3 “Yo conozco tus obras...” Este “conocer” no es informativo, sino judicial y revelador. Cristo habla como Aquel que camina entre los candeleros, indicando una presencia soberana entre las iglesias. Tiene las estrellas en su mano indicando su autoridad sobre los mensajeros y habla desde el trono, no desde el contexto local. De esta manera, el cielo nombra lo que la iglesia es realmente, no lo que aparenta ser. Lo que ha sido fiel, aunque invisible y lo que ha sido tolerado, aunque lo hayan normalizado.

Un claro ejemplo claro lo vemos en el mensaje a Sardis: “Tienes nombre de que vives, y estás muerto” (Ap. 3:1). La tierra había otorgado un nombre (reputación), pero el cielo lo redefine. El nombre verdadero no surge del reconocimiento humano, sino del diagnóstico celestial.

La tierra debe ser vista como ámbito de interpretación y respuesta. Si el cielo nombra, la tierra interpreta. Esto significa que discierne el mensaje, se somete al veredicto y responde en obediencia práctica. Por eso la fórmula se repite en cada carta. “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”.

La iglesia no debate el diagnóstico ni negocia el llamado, tampoco adapta el mensaje a su comodidad cultural. La iglesia interpreta correctamente cuando acepta la corrección, como el caso de Éfeso; Cuando discierne la fidelidad en medio del sufrimiento, como Esmirna; Cuando rechaza la mezcla doctrinal, como Pérgamo y Tiatira; Cuando despierta del autoengaño, como Sardis; Cuando persevera sin fuerza propia como Filadelfia y cuando reconoce su verdadera condición, tal el caso de Laodicea. Así, La interpretación correcta produce arrepentimiento, perseverancia o victoria y no mera información.

Cuando la tierra nombra sin el cielo, hay distorsión. Apocalipsis 2 y 3 también muestran el peligro inverso. Iglesias que se definen a sí mismas y comunidades que interpretan su éxito, riqueza o actividad como aprobación divina. Laodicea es el caso paradigmático: “*Tú dices: Yo soy rico... y no sabes que eres desventurado...*” (Ap. 3:17)

1º CUATRIMESTRE: REVELACION

Mayo: Los nombres del cielo identificando en la tierra
Apocalipsis 2-3

CIELO NUEVO y TIERRA NUEVA

Palabra Apostólica Bienal

Aquí la tierra nombró sin el cielo, y por eso interpretó mal su condición. Donde el cielo no nombra, la interpretación terrenal se vuelve autoengaño. Este eje revela una regla fundamental para la iglesia hoy: El cielo determina la identidad y la tierra discierne y encarna esa identidad en la historia.

En la Escritura, nombrar es ejercer autoridad y revelar identidad. Dios nombra la creación (Gen. 1) Dios cambia nombres para marcar destino (Abram: Abraham) Jesús nombra a Simón como Pedro. En Apocalipsis, el cielo vuelve a nombrar a la Iglesia. Apocalipsis 2-3 no describe a las iglesias como ellas se perciben, sino como el cielo las identifica.

La verdad sobre la condición humana y eclesial no se determina desde la apariencia histórica, sino desde la revelación que procede del trono. En el Apocalipsis, el nombre es el instrumento por el cual el cielo quita los velos, expone lo oculto y juzga la realidad tal como es delante de Dios.

La autopercepción aparece como construcción terrenal, es la visión de las iglesias que se forma en la tierra a partir de experiencias acumuladas, reconocimiento social o religioso, éxitos visibles o sufrimientos prolongados, comparación con otras comunidades, etc. Esta autopercepción suele producir una falsa seguridad, orgullo espiritual o desaliento injustificado. Sin embargo, en Apocalipsis 2-3, Cristo demuestra que la autopercepción no es un criterio fiable de verdad espiritual.

Cuando Cristo nombra a las iglesias, lo hace desde el trono, no desde el contexto local. “Yo conozco tus obras...” Este conocimiento no está mediado por informes humanos, no depende de indicadores visibles y no se ve afectado por la narrativa interna de la iglesia. El nombre celestial funciona como veredicto judicial, diagnóstico espiritual y revelación correctiva. El cielo no confirma cómo la iglesia se siente; declara cómo realmente es.

Cristo no pronuncia nombres para confirmar la autoestima de las iglesias ni para sostener su narrativa interna; nombra para revelar la realidad tal como es delante de Dios. Su palabra no se acomoda a la apariencia, al prestigio ni al éxito visible, sino que penetra hasta el corazón espiritual de la comunidad. Por eso, el nombre celestial puede incomodar, contradecir la autopercepción y dismantelar reputaciones, pero nunca engaña.

No se trata de un discurso motivacional, es un veredicto redentor que expone la muerte donde se presume vida, denuncia la pobreza donde se proclama riqueza y afirma fidelidad donde solo hay debilidad visible. El nombre del cielo no halaga porque no necesita seducir; revela la verdad porque su interés está en restaurar.

En Apocalipsis 2:17 leemos: *“El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que salga vencedor le daré del maná escondido y le daré también una piedrecita blanca en la que está escrito un nombre nuevo que solo conoce quien la recibe.”*

El tema del “nuevo nombre” aquí no es una imagen poética aislada ni una recompensa simbólica menor, sino que expresa la culminación de un proceso de revelación, transformación e identificación celestial. El “nuevo nombre” señala que la identidad del creyente -y, por extensión, de la iglesia- no se define por el pasado, ni por la lucha presente, sino por lo que el cielo revela y

1º CUATRIMESTRE: REVELACION

Mayo: Los nombres del cielo identificando en la tierra
Apocalipsis 2-3

CIELO NUEVO y TIERRA NUEVA

Palabra Apostólica Bienal

consume.

En Apocalipsis 2:17, este nuevo nombre no es elegido por el creyente, tampoco es asignado por la comunidad, ni siquiera surge del logro humano, sino que procede exclusivamente del cielo. El nuevo nombre no reconoce el esfuerzo, sino que revela el propósito.

En relación al nombre, la palabra utilizada para “Nuevo” es kainós. No significa simplemente reciente, sino de una calidad distinta, perteneciente a un orden nuevo. El nuevo nombre no es una versión mejorada del nombre antiguo, tampoco es la reparación de una identidad dañada, es la revelación de quién se es verdaderamente en Cristo. El cielo no corrige la identidad; la revela en plenitud.

Este nombre es conocido solo por quien lo recibe, *“el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe”*. Este detalle es crucial debido a que el nuevo nombre es personal e intransferible. No es una etiqueta pública, sino una identidad que expresa intimidad, no exhibición. El cielo no expone esta identidad al juicio humano, la revela en el ámbito de la comunión con Dios. La identidad más profunda del creyente es conocida primero en la presencia del cielo, no en el reconocimiento de la tierra.

Evidentemente la identidad de la Iglesia es revelada y no construida. El cielo identifica con nombres y estos nombres revelan verdad, juicio y promesa. La Iglesia vive bajo una identidad celestial, por lo cual la historia es interpretada desde arriba. La tierra no define a la Iglesia; el cielo la nombra, y al nombrarla, la transforma.

Ap. Alberto Calviño

PLANIFICACIÓN DEL MES – Sugerencias semanales

Mayo: Los nombres del cielo identificando en la tierra

1º Semana: El cielo nombra y la tierra es interpretada

2º Semana: El nombre precede al llamado: “El que tiene oídos...”

3º Semana: Los nombres del cielo desenmascaran la realidad terrenal

4º Semana: El “nuevo nombre” como identidad revelada